

pues descendiendo del cielo, se propuso por fin principal de su venida la salvacion de las almas : *Qui propter nos homines, et propter nostram salutem descendit de caelis* (1). Y con el mismo fin que le envió su eterno Padre, nos envía á nosotros : *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos*. Para conseguir nuestros deseos predicaremos, á imitacion de san Pablo, no con persuasivas palabras de la sabiduría humana, no con sublimidad de términos y expresiones, sino con la sencilla manifestacion del espíritu de Dios : os anunciaremos las verdades cristianas que el divino Espíritu se digne poner en nuestras bocas : os diremos, no lo que sea agradable, sino lo útil, lo honesto, lo provechoso, lo necesario. Hallaránse acaso entre vosotros algunos que no lo aprueben, y que imitando á los enfermos frenéticos, como dice san Agustín (2), se vuelvan contra la medicina que les pretende sanar, y arrojen encolerizados los remedios de su salud; pero nosotros seguiremos en la prosecucion de nuestros santos pensamientos, compadeciéndoles sus preocupaciones y frenesies, sabiendo que no hay palabra en el Evangelio, que no tenga su enemigo declarado; y que cuantos preceptos contiene, tantos contrarios encuentra. Jesucristo desagrada á los avaros, decia san Agustín, porque no tomó un cuerpo de oro; no gusta á los lascivos, porque nació de una Virgen; no le quieren los soberbios, porque sufrió las injurias mas terribles con una invicta paciencia; no le apetecen los delicados, porque se endureció entre los mas rigurosos suplicios. De la misma suerte la divina palabra es insoponible á los que no quieren practicar las virtudes que alaba, ni evitar los vicios que vitupera; estimando en ménos atropellar la divina ley, que mudar el corazon, aborreciendo ántes sus preceptos que sus vicios.

La experiencia misma hace ver todos los dias esta verdad. Como el predicador nada diga contra las pasiones humanas, se halla que ha predicado con acierto, con perfeccion, y que nada ha dicho que no sea verdadero; pero no se juzga así, cuando zeloso declamó contra los vicios; de modo que un mismo sermón es á unos gustoso, y á otros desagradable, segun que se hallan culpados ó inocentes en la materia que se acrimina. Un avaro, por ejemplo, si es casto, lleva á bien que el predicador diga contra la impureza, con tal que no toque á la avaricia. Por el contrario,

(1) *In Symb. Sanct. Eccles.* (2) *S. Aug. super Psal. LXIII. v. 2.*

un lascivo, si es liberal, no halla jamas enojosas las invectivas mas fuertes contra la avaricia; pero no puede sufrir las que se forman contra la impureza. Cuando predicamos contra la glotonería y embriaguez, las mujeres exentas de este vicio nos aplauden; y deseando dar en rostro á sus maridos con estos desórdenes, exageran nuestra predicacion, elevándola hasta el cielo. Pero en el momento que hablamos contra las mujeres rencillosas, desobedientes á sus consortes, escandalosas á sus hijas, murmuradoras y ociosas; apénas acriminamos las culpas de aquellas vanas mujeres, que desnudas del pudor y modestia cristiana, llevan como en triunfo el lujo, la profusion y el desahogo; que llenas de libertinaje se presentan en los paseos, en las visitas, en los bailes, en los teatros, y hasta en los templos; al instante se vuelven contra nosotros, gritan que exageramos las cosas, que somos hombres rígidos, rústicos, sin civilidad, ni conocimiento de las modas y modos del mundo loco. Tanta verdad es lo que dice san Agustín, que se ama la verdad, si solo ilustra; pero que se aborrece, si reprende : *Amant veritatem lucentem, oderunt redarguentem*.

Pero nosotros, amados oyentes, hemos de procurar deciros la verdad sin temor alguno, y predicaros lo que estimemos necesario para la salvacion de vuestras almas : este es, ya lo hemos dicho, el único designio que tenemos en esta mision, sea ó no de vuestro gusto. Declararemos por tanto los delitos en toda su gravedad; pero sin manifestar ni aun de mucha distancia las personas : advertiremos los desórdenes, sin señalar los que los cometen : perseguiremos con todo esfuerzo los vicios : haremos guerra á sangre y fuego contra los pecados; pero perdonaremos las personas que los ejecuten. Procuraremos imitar á aquel amante padre, cuanto flechero diestro, que viendo á una serpiente rodeada al cuerpo de su hijo, tomó ligeramente el arco, y proporcionando el tiro, arrojó con tanto acierto una flecha, que quitó la vida á la serpiente sin herir al hijo. Así nosotros, manejando el arco de la divina palabra, arrojaremos saetas de verdades sólidas y cristianas, que maten los vicios sin herir los pecadores. En pocas palabras, pero entendédlas bien, porque son muy importantes : nuestra doctrina se propondrá en comun, sin descender jamas á particulares personas. Mas si al aplicar la medicina, le escociese á alguno su dolencia, manifieste al confesor sus heridas sin empacho, y se hallará en un momento con remedio.

Ved aquí, amados oyentes míos, nuestros verdaderos designios : ved que la salvacion de vuestras almas, redimidas con la sangre de Jesucristo, es lo que ardientemente pretendemos; y siendo esto para vosotros la cosa mas ventajosa, y la mision el medio mas eficaz para conseguirla, no podemos poner en duda que el demonio hará los posibles esfuerzos para impedir sus efectos. Parece que le veo ir de calle en calle, de familia en familia, metiendo chismes, forjando mentiras; y diciendo ya por sí mismo con malignas sugestiones, y ya por medio de sus allegados, de esta ó poco diferente manera : ¿qué necesidad hay ahora de la mision? ¿no tenemos bastantes sermones todo el año? Cuando las almas quieran de veras convertirse, y dejar las culpas, ¿no podrán hacerlo, sin estos hombres? No vayas á la mision, dice uno, porque te llenarán la cabeza de escrúpulos. Estos capuchinos son unos rigoristas, que quieren poner en desesperacion á todo el mundo. Otro replica, ya nos vendrán con la cantinela de, *pecador, que te condenas; pecador, que te condenas*; y dando buenos gritos, y contando cuatro ejemplos, se acabó la mision. Esto ya lo sabemos, no tenemos pues necesidad de meternos en esos cuidados. Pero, señores, si el demonio propusiere todas esas cosas, no me espantaré yo de ellas; ántes por el contrario podré conjeturar los abundantes frutos de esta mision, pues levanta contra ella tal tempestad. Y finalmente, si el demonio trata de arruinar nuestros designios, tratemos nósotros de arruinar los suyos; y sin embargo de cuanto diga, ó haga por sí y por sus aliados, trabajemos nosotros valerosamente en la obra de vuestra salud, que es nuestro único designio. Y veamos ya cuáles deben ser los vuestros en esta santa mision, que es lo tercero que propuse manifestaros.

Que el primer designio de Dios en esta mision sea la santificacion de vuestras almas; y que el nuestro no sea otro que trabajar en llevar á debido efecto esta voluntad de Dios, ya lo acabo de evidenciar en la primera y segunda parte de este discurso : ahora es necesario deciros que vuestros pensamientos, vuestros deseos y vuestros designios no deben ser otros que cooperar con todas vuestras fuerzas á nuestros designios y á los designios de Dios. Sí, cristianos míos : este es el negocio, no solamente importante, sino absolutamente necesario. Si te salvas, todo lo lograste, aunque hayas sido el hombre mas desnudo y pobre de cuantos hay en el mundo ; si te condenas, todo lo perdiste, por

mas que hayas sido rey ó emperador del universo. Formád los proyectos mas brillantes ; conseguíd los empleos mas eminentes ; clavád la voluble rueda de la fortuna bajo vuestros piés ; disponéd á vuestro arbitrio de los bienes de la tierra ; avasallád provincias ; conquistád reinos, y hacéos admirar de todos los vivientes ; pero entendéd esta verdad eterna : *Quid prodest homini si mundum universum lucretur, animæ verò suæ detrimentum patiatur?* Si pierdes el alma, si te condenas, créeme, nada te servirá haber sido dueño de todo el orbe : serás por toda la eternidad el hombre mas infeliz y abominable, objeto de la ira de Dios, esclavo infame de satanas, y encarcelado perpetuo en los calabozos sempiternos. Riquezas, honras, grandezas, recreaciones, hermosuras no pueden ser tu felicidad, pues no pasan del sepulcro. Abríd, si no queréis creerme, esas losas, descubrid esos sepuleros y sepulturas, manifestád esos fétidos cadáveres, y mirád si conocéis cuáles huesos son del rico, y cuáles del pobre, cuáles del ignorante, y cuáles del sabio, cuáles del noble, y cuáles del plebeyo, cuáles de la hermosa, y cuáles de la fea. Nada ménos comprenderéis que esta diferencia, porque como todo era vanidad, se desapareció con la vida, y solo quedó en el sepulcro nuestra miseria, hediondez, corrupcion y nada. Vuestra dicha, amados míos, vuestra felicidad, vuestra grandeza, vuestro único bien consiste en salvaros, en conseguir ver á Dios por toda la eternidad.

Estos han de ser vuestros designios en esta santa mision : todo otro pensamiento debéis estimarle como inútil, ajeno de la voluntad de Dios, y distante de nuestros pensamientos. Vamos todos á conspirar á un mismo fin, Dios, nosotros y vosotros. Dios quiere que el justo se justifique mas, que el pecador se convierta, y que el endurecido quede abandonado. Sus inspiraciones, sus gracias, sus ángeles, sus sacerdotes, sus templos, sus sacramentos, todo lo ofrece en esta santa mision para que huyáis el mal y obréis el bien, para que aborrecáis el vicio y améis la virtud, para que os libertéis del infierno y consigáis el cielo. Aprovecháos, señores, de tan favorable ocasion. Nosotros pretendemos, como ministros suyos, haceros entender su voluntad, y llevarla á ejecucion : nuestros sudores, nuestras fatigas, nuestros trabajos, nuestra salud y nuestra vida, gustosamente emplearemos por la salvacion de vuestras almas. *Ego autem libentissimè impendam, et superimpendar ipse pro animabus*

vestris (1), os diremos con el apóstol san Pablo. No se abrirá nuestra boca sino para ayudaros en esta empresa. Nuestro corazón se os manifestará y dilatará para encerraros amorosamente en él: *Os nostrum patet ad vos, cor nostrum dilatatum est* (2). No inutilicéis con vuestro endurecimiento nuestros designios. Cuanto vigor, cuantas fuerzas, y cuanto espíritu alcanzásemos, todo lo sacrificaremos al servicio de vuestras almas, que ardiente y caritativamente buscamos: *Non enim quero quæ vestra sunt, sed vos*. Vosotros, aprovechándoos de estos felices instantes, debéis arrojar todo cuidado que no se dirija á huir el castigo, volverse á Dios, y adelantarse en el camino de la cristiana perfeccion.

Almas, almas, que con la divina gracia que os adorna, con las virtudes santas que os hermosean, sois templo del Espíritu santo, hijas muy amadas de Dios, hermanas de Jesucristo, y coherederas de su gloria, acudid á la mision á perfeccionaros mas, á justificaros mas: *Qui justus est, justificetur adhuc* (3); á robusteceros en la virtud, á cobrar un nuevo fervor, un nuevo espíritu que os haga mas fuertes contra las tentaciones del demonio, contra las falsas máximas del mundo, y contra el ímpetu desordenado de vuestras mismas pasiones; á conseguir mas humildad, mas devocion, mas modestia, mas fe, mas esperanza, y mas ardiente y fino amor de Dios: *Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant* (4). Pecadores, pobrecillos pecadores, que abrumados con el inmenso peso de vuestros pecados, no acertáis á levantar la cabeza hácia el cielo para recibir del Padre de las misericordias, y Dios de toda consolacion, vuestro remedio: *Ecce nunc tempus acceptabile* (5): este es el dichoso momento de arrojar de vosotros el pecado que os oprime y atormenta. Vosotros que, enfermos con las varias fiebres de vuestros vicios, vivís tantos años há sobre el lecho del pecado, sin valor ni robustez para ponerlos en pié: *Ecce nunc dies salutis*, en esta santa mision os prepara nuestro amable Salvador un día de salud universal. Pecadores, con vosotros hablo, que os halláis perdidos, y como ovejas descarriadas giráis confusa y desordenadamente por los enmarañados bosques de vuestras culpas, expuestos á ser pasto de los voraces lobos del infierno, que os rodean y persiguen para devoraros, entendéd que el Pastor di-

(1) *Div. Paul. Epist. II. ad Corint. c. XII. v. 15.* (2) *Id. ibid. c. VI. v. 11.*
 (3) *Apoc. c. XXII. v. 11.* (4) *Joann. c. X. v. 10.* (5) *Div. Paul. Epist. II. ad Corint. c. VI. v. 2.*

vino en esta mision viene á buscaros. Viene, ó dignacion inestimable! á ponerlos sobre sus hombros, y conduciros al aprisco y redil de sus dóciles ovejas que oyen su voz: *Venit... quærere, et salvum facere quod perierat* (1).

Hombres endurecidos, mujeres obstinadas: (Ay de mí! si habrá algunos en mi auditorio?) sabéd que los justos de este pueblo que se han de perfeccionar, los pecadores que se han de convertir, los sermones que se han de predicar, las ilustraciones de los ángeles que habéis de recibir, los remordimientos de vuestra conciencia que habéis de experimentar, y todas las demas gracias de esta mision que habéis de desatender; toda esta abundante lluvia de misericordias, solo ha de servir por vuestra terquedad, para que crezcan mas viciosas en el árido campo de vuestras almas las espinas de vuestras culpas, y den pábulo despues á las infernales llamas por los siglos sempiternos: *Positus est hic in ruinam... multorum in Israël.*

Jesús dulcísimo, amable redentor de nuestras almas: vos sois, Señor, quien gobernáis los corazones, teniéndolos en vuestras manos, y disponiendo de ellos á vuestro arbitrio: movéd los de mis oyentes, para que reciban con fruto las verdades que os dignéis anunciarles por nuestro medio. No podemos, ó buen Dios! mas que herir con nuestras voces sus oídos: vos solo sois quien herís los corazones: todo cuanto trabajamos será inútil, si vuestra gracia no lo vivifica y anima. No somos, Señor, mas que débiles instrumentos incapaces de hacer cosa buena, si vuestra mano no nos ayuda. Abrid nuestros labios para anunciarles vuestras verdades; pero abrid tambien sus corazones para que las reciban. Llegue, Señor, á su dichoso fin lo que en vuestro nombre empezamos; y si el demonio con sugerencias continuas, si el mundo con sus aparentes vanidades, si la carne con sus terribles asaltos se oponen á nuestros intentos: *Exurge, Domine, et judica causam meam*, levantáos, Señor, y sed juez de nuestra causa, reprimiendo sus insultos, sus combates, sus tentaciones: si todos los tres enemigos del alma tomasen las armas para hacernos guerra, *Exurgat Deus, et dissipentur inimici ejus*, levántese el Señor, y confúndanse sus enemigos. Huyan de su divino rostro cuantos aborrecen su doctrina, cuantos patrocinan el vicio, aborrecen la virtud, insultan á la justicia, se bur-

(1) *S. Luc. c. XIX. v. 10.*

lan de la inocencia, y mofan de la santidad. Disípanse á su presencia como la niebla á la del sol; aniquídense sus designios, y prevaletzcan los vuestros, que son de salvar las almas por medio de esta mision. Vamos pues todos á hacer guerra á los vicios, á destruir los pecados, á postrar el imperio de Satanas en este pueblo. Nosotros, aunque pobres pecadores, los ángeles del Señor, los santos y santas de la corte del cielo, María santísima reina y señora nuestra, y este Dios crucificado, todos os convidamos con el perdon de vuestras culpas. Venid, almas; pero venid llorosas, venid arrepentidas: venid, pero como ovejuelas del buen pastor Jesus, y de la dulcísima pastora María: venid, pero balando, y diciendo con el mayor dolor de vuestros corazones: *Señor mio Jesucristo, etc.*

SERMON PRIMERO

SOBRE

LA EXISTENCIA DE DIOS.

(DE SANTANDER.)

Videte, fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis discedendi à Deo vivo; sed adhortamini vosmetipsos per singulos dies, ... ut non obduretur quis ex vobis fallacia peccati.

Guardaos, hermanos, que no haya en alguno de vosotros corazon malo de incredulidad, apartándoos del Dios vivo: ántes amonestáos vosotros mismos los unos á los otros cada dia, ... para que no sea endurecido alguno de vosotros por engaño del pecado.

S. Pablo á los hebreos, c. 3. v. 12 y 13.

El grande apóstol san Pablo, convertido por la poderosa gracia del Omnipotente, de perseguidor del cristianismo en defensor de la Religion de Jesus, de blasfemo y contumelioso en confesor ilustre de la Fe, y de incrédulo en fiel; deseando mantener pura la Fe que acababan de recibir sus hermanos los hebreos, les escribe una edificante y elocuentísima carta, en que les dice entre otras muchas estas palabras: *mirád hermanos no se halle entre vosotros algun corazon contaminado con el mal de la incredulidad: vivid vigilantes para no apartaros de la doctrina de Dios vivo que crió todas las cosas: exhortáos mutuamente todos los dias unos á otros, para que no se endurezca el corazon por la falacia del pecado.* Ya somos participantes de la gracia de Jesucristo, mantengámosla con perseverancia hasta el fin. No le irrite como algunos de nuestros antiguos padres: advertid que todos pasaron el Mar Bermejo, todos fueron testigos de la ley que con tanta majestad se les intimó desde el monte Sináí, todos anduvieron cuarenta años por el desierto bajo la proteccion de la columna y la nube, todos comieron el mismo maná, todos bebieron el agua milagrosa que les dió la promision por el pecado de su incredulidad: *Et videmus quia non potuerunt introire propter incredulitatem.*

Y si el apóstol san Pablo ya recelaba los daños de la incredu-